

Sobre quienes ha llegado el fin

Sábado de tarde, 31 de mayo

Los que profesan esperar la pronta venida de nuestro Salvador deben tener una fe abrahámica, una fe que se valora porque les ha costado algo, una fe que obra por amor y purifica el alma. El ejemplo de Abraham ha quedado registrado para nosotros, sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Debemos creer que Dios habla fervientemente con nosotros y que no se puede jugar con él. Él habla con seriedad y exige de nosotros una fe implícita y una obediencia voluntaria. Entonces hará brillar su luz en torno a nosotros, y seremos todos luz en el Señor (*The Signs of the Times*, 1º de abril, 1875, “The Faith of Abraham”, párr. 32).

Si los santos del Antiguo Testamento debían ser luces brillantes y resplandecientes para el mundo, nosotros estamos obligados a brillar más que ellos, porque tenemos toda la luz que ellos tenían destellando en nuestro camino desde el pasado profético, y la luz adicional que nos ha sobrevenido en la vida de Cristo. Las profecías más completas revelan al verdadero Jehová a aquellos sobre quienes ha llegado el fin del mundo. Dios tiene una luz especial en esta era del mundo, un mensaje especial que dar en la proclamación del mensaje del tercer ángel: los mandamientos de Dios y el testimonio de Jesucristo (*Present Truth*, 4 de noviembre, 1886, “Ye are the Light of the World”, párr. 8).

Dios invita a su pueblo a profundizar en sus planes y en su ley. Su ley es la transcripción de su carácter. Es inmutable, pues Dios no alterará lo que ha salido de sus labios. Cristo ha declarado que la ley es perfecta; y con David podemos decir: “Tiempo es ya, Señor, de obrar; porque han invalidado tu ley”.

Jesucristo ha de ser el centro de influencia. El Espíritu Santo ha de ser la eficacia de todo el que procura hacer el bien. Con todas sus energías, los seres humanos deben cooperar con el gran Centro del amor infinito y del poder infinito. En nuestro mundo hay quienes anhelan una experiencia religiosa más profunda, quienes se lamentan de la escasez del poder del Espíritu Santo en la vida de los que profesan ser seguidores de Cristo. Cuando los hombres vuelvan a su lealtad a Dios, dejarán de pisotear sus claros mandamientos. Exaltarán a Dios. Su palabra será para ellos una luz que brilla en medio de las tinieblas morales. Obedecerán las palabras: “El que quiera venir en pos de mí, niéguese a

sí mismo, tome su cruz y sígame” (*The Review and Herald*, 16 de abril, 1901, “The Warfare Between Good and Evil”, párr. 16, 17).

Domingo, 1º de junio: La ira del Cordero

Clamarán a las rocas y a las montañas que caigan sobre ellos y los oculte, del rostro de Aquel que está sentado en el trono de la ira del Cordero. “La ira del Cordero”, de Aquel que siempre se mostró lleno de ternura, paciencia y magnanimidad, quien, habiéndose entregado como la víctima propiciatoria, fue llevado como oveja al matadero para salvar a los pecadores de la condenación que ahora cae sobre ellos porque no permitieron que él quitara su culpabilidad.

El juicio se llevará a cabo de acuerdo con las reglas que Dios ha establecido. Todos serán juzgados por la ley que ahora los hombres están llamados a obedecer, pero que muchos se niegan a aceptar. Puesto que por ella se prueba el carácter, cada hombre encontrará su lugar apropiado en una de dos clases. Será santo para el Señor por la obediencia a su ley, o estará manchado de pecado por la transgresión. O habrá hecho el bien, colaborando por la fe con Jesús en la restauración de la imagen moral de Dios en el hombre, o habrá hecho el mal, negando al Salvador con una vida impía. Cristo los separará unos de otros, como el pastor separa las ovejas de los cabritos. Pondrá las ovejas a su derecha y los cabritos a su izquierda. Entonces los hombres y las mujeres verán que su curso de acción ha decidido su destino. Serán recompensados o castigados según hayan obedecido o transgredido la ley de Dios (*The Review and Herald*, 18 de junio, 1901, “A Message for Today”, párr. 13, 14).

Los pecados que acarrearón la venganza sobre el mundo antediluviano, existen hoy. El temor de Dios ha desaparecido de los corazones de los hombres, y su ley se trata con indiferencia y desdén. La intensa mundanalidad de aquella generación es igualada por la de la presente. Cristo dijo: “Porque como en los días antes del diluvio estaban comiendo y bebiendo, casándose y dando en casamiento, hasta el día que Noé entró en el arca, y no conocieron hasta que vino el diluvio y llevó a todos, así será también la venida del Hijo del hombre”. Mateo 24:38, 39.

Dios no condenó a los antediluvianos porque comían y bebían; les había dado los frutos de la tierra en gran abundancia para satisfacer sus necesidades materiales. Su pecado consistió en que tomaron estas dádivas sin ninguna gratitud hacia el Dador, y se rebajaron entregándose desenfrenadamente a la glotonería (*Historia de los patriarcas y profetas*, p. 90).

Lunes, 2 de junio: La evangelización de Noé

“Por la fe Noé, habiendo recibido respuesta de cosas que aún no

se veían, con temor aparejó el arca en que su casa se salvase: por la cual fe condenó al mundo, y fue hecho heredero de la justicia que es por la fe". Hebreos 11:7. Mientras Noé daba al mundo su mensaje de amonestación, sus obras demostraban su sinceridad. Así se perfeccionó y manifestó su fe. Dio al mundo el ejemplo de creer exactamente lo que Dios dice. Todo lo que poseía lo invirtió en el arca. Cuando empezó a construir aquel inmenso barco en tierra seca, multitudes vinieron de todos los rumbos a ver aquella extraña escena, y a oír las palabras serias y fervientes de aquel singular predicador. Cada martillazo dado en la construcción del arca era un testimonio para la gente.

Al principio, pareció que muchos recibirían la advertencia; sin embargo, no se volvieron a Dios con verdadero arrepentimiento. No quisieron renunciar a sus pecados. Durante el tiempo que precedió al diluvio, su fe fue probada, pero ellos no resistieron esa prueba. Vencidos por la incredulidad reinante, se unieron a sus antiguos camaradas para rechazar el solemne mensaje. Algunos estaban profundamente convencidos, y hubieran atendido la amonestación; pero eran tantos los que se mofaban y los ridiculizaban, que terminaron por participar del mismo espíritu, resistieron a las invitaciones de la misericordia, y pronto se hallaron entre los más atrevidos e insolentes burladores; pues nadie es tan desenfrenado ni se hunde tanto en el pecado como los que una vez conocieron la luz, pero resistieron al Espíritu que convence de pecado (*Historia de los patriarcas y profetas*, p. 82).

En los días de Noé, "vio Jehová que la maldad de los hombres era mucha en la tierra, y que todo designio de los pensamientos del corazón de ellos era de continuo solamente el mal. 6 Y se arrepintió Jehová de haber hecho hombre en la tierra, y le dolió en su corazón... Dijo, pues, Dios a Noé: He decidido el fin de todo ser, porque la tierra está llena de violencia a causa de ellos; y he aquí que yo los destruiré con la tierra". Génesis 6:5, 6, 13.

Pero aunque los hombres fueran tan perversos, Dios no los destruiría sin previo aviso. "No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre —dijo—; mas serán sus días ciento veinte años". Versículo 3. Y durante este tiempo de gracia, el mensaje de advertencia de Noé debía resonar en sus oídos.

Al principio muchos se alarmaron por este mensaje. Algunos lo creyeron y otros murieron en la fe. Pero con el paso del tiempo, el mensaje perdió su poder sobre la gente descuidada y enamorada del mundo. Olvidaron todo pensamiento de peligro, y se rieron de Noé por construir un arca en tierra seca. Pero el trabajo de construcción continuó. Noé mostró su fe por sus obras, y por su fe y sus obras condenó al mundo.

Del mismo modo en que Noé advirtió al mundo, el pueblo de Dios de hoy debe advertir al mundo. Por su fe y sus obras deben condenar al mundo. Tendrán la misma resistencia perversa que Noé encontró en su día. Pero no deben desfallecer ni desanimarse. Dios llama a hombres

que actuarán con prudencia y contendrán ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos (*Carta 59*, 1901, párr. 28-31).

Martes, 3 de junio: La historia de Sodoma y Gomorra

En la vida, todo acto, por insignificante que sea, tiene su influencia para el bien o para el mal. La fidelidad o el descuido en lo que parecen ser deberes menos importantes puede abrir la puerta a las más ricas bendiciones o a las mayores calamidades. Son las cosas pequeñas las que prueban el carácter. Dios mira con una sonrisa complaciente los actos humildes de abnegación cotidiana, si se realizan con un corazón alegre y voluntario. No hemos de vivir para nosotros mismos, sino para los demás. Solo olvidándonos de nosotros mismos y abrigando un espíritu amable y ayudador, podemos hacer de nuestra vida una bendición. Las pequeñas atenciones, los actos sencillos de cortesía, contribuyen mucho a la felicidad de la vida, y el descuido de estas cosas influye no poco en la miseria humana (*Historia de los patriarcas y profetas*, pp. 154, 155).

La sensualidad irrefrenada y la enfermedad y degradación consiguientes, que existían en tiempos del primer advenimiento de Cristo, existirán, con intensidad agravada, antes de su segunda venida. Cristo declara que la condición del mundo será como en los días anteriores al diluvio, y como en tiempos de Sodoma y Gomorra. Todo intento de los pensamientos del corazón será de continuo el mal. Estamos viviendo en la víspera misma de ese tiempo pavoroso, y la lección del ayuno del Salvador debe grabarse en nuestro corazón. Únicamente por la indecible angustia que soportó Cristo podemos estimar el mal que representa el complacer sin freno los apetitos. Su ejemplo demuestra que nuestra única esperanza de vida eterna consiste en sujetar los apetitos y pasiones a la voluntad de Dios.

En nuestra propia fortaleza, nos es imposible negarnos a los clamores de nuestra naturaleza caída. Por su medio, Satanás nos presentará tentaciones. Cristo sabía que el enemigo se acercaría a todo ser humano para aprovecharse de las debilidades hereditarias y entrapar, mediante sus falsas insinuaciones, a todos aquellos que no confían en Dios. Y recorriendo el terreno que el hombre debe recorrer, nuestro Señor ha preparado el camino para que vencamos. No es su voluntad que seamos puestos en desventaja en el conflicto con Satanás. No quiere que nos intimiden ni desalienten los asaltos de la serpiente. “Tened buen ánimo —dice—; yo he vencido al mundo”. Juan 16:33 (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 97, 98).

El amor hacia las almas a punto de perecer inspiraba las oraciones de Abraham. Aunque detestaba los pecados de aquella ciudad corrompida, deseaba que los pecadores pudieran salvarse. Su profundo interés por Sodoma demuestra la ansiedad que debemos experimentar por los

impíos. Debemos sentir odio hacia el pecado, y compasión y amor hacia el picador...

El espíritu de Abraham fue el espíritu de Cristo. El mismo Hijo de Dios es el gran intercesor en favor del pecador. El que pagó el precio de su redención conoce el valor del alma humana (*Historia de los patriarcas y profetas*, p. 135).

Miércoles, 4 de junio: El Juez de toda la tierra

Durante los mil años que transcurrirán entre la primera resurrección y la segunda, se verificará el juicio de los impíos.

El apóstol Pablo señala este juicio como un acontecimiento que sigue al segundo advenimiento. “No juzguéis nada antes de tiempo, hasta que venga el Señor; el cual sacará a luz las obras encubiertas de las tinieblas, y pondrá de manifiesto los propósitos de los corazones”. 1 Corintios 4:5 (VM). Daniel declara que cuando vino el Anciano de días, “se dio el juicio a los santos del Altísimo”. Daniel 7:22. En ese entonces reinarán los justos como reyes y sacerdotes de Dios. San Juan dice en el Apocalipsis: “Vi tronos, y se sentaron sobre ellos, y les fue dado juicio”. “Serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años”. Apocalipsis 20:4, 6. Entonces será cuando, como está predicho por San Pablo, “los santos han de juzgar al mundo”. 1 Corintios 6:2. Junto con Cristo juzgan a los impíos, comparando sus actos con el libro de la ley, la Biblia, y fallando cada caso en conformidad con los actos que cometieron por medio de su cuerpo. Entonces lo que los malos tienen que sufrir es medido según sus obras, y queda anotado frente a sus nombres en el libro de la muerte (*El conflicto de los siglos*, pp. 641, 642).

El Salvador había hablado abiertamente a Pilato explicándole su misión como testigo de la verdad. Pilato había despreciado la luz. Había abusado del alto cargo de juez renunciando a sus principios y autoridad bajo las exigencias de la turba. Jesús no tenía ya más luz para él. Vejado por su silencio, Pilato dijo altaneramente:

“¿A mí no me hablas? ¿no sabes que tengo potestad para crucificarte, y que tengo potestad para soltarte?”

Jesús respondió: “Ninguna potestad tendrías contra mí, si no te fuese dado de arriba: por tanto, el que a ti me ha entregado, mayor pecado tiene”.

Así, el Salvador compasivo, en medio de sus intensos sufrimientos y pesar, disculpó en cuanto le fue posible el acto del gobernador romano que le entregaba para ser crucificado. ¡Qué escena digna de ser transmitida al mundo para todos los tiempos! ¡Cuánta luz derrama sobre el carácter de Aquel que es el Juez de toda la tierra! (*El Deseado de todas las gentes*, pp. 685, 686).

El Señor está haciendo su obra. Todo el cielo está conmovido. El

Juez de toda la tierra ha de levantarse pronto para vindicar su autoridad insultada. La señal de la liberación será puesta sobre los que guardan los mandamientos de Dios, reverencian su ley y rechazan la marca de la bestia y su imagen (*Testimonios para la Iglesia*, t. 5, p. 427).

Jueves, 5 de junio: El juicio previo al advenimiento

Los libros del cielo, en los cuales están consignados los nombres y los actos de los hombres, determinarán los fallos del juicio. El profeta Daniel dice: “El Juez se sentó, y los libros se abrieron”. San Juan, describiendo la misma escena en el Apocalipsis, agrega: “Y otro libro fue abierto, el cual es de la vida: y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”. Apocalipsis 20:12.

El libro de la vida contiene los nombres de todos los que entraron alguna vez en el servicio de Dios. Jesús dijo a sus discípulos: “Gozaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos”. Lucas 10:20. San Pablo habla de sus fieles compañeros de trabajo, “cuyos nombres están en el libro de la vida”. Filipenses 4:3. Daniel, vislumbrando un “tiempo de angustia, cual nunca fue”, declara que el pueblo de Dios será librado, es decir, “todos los que se hallaren escritos en el libro”. Daniel 12:1. Y San Juan dice en el Apocalipsis que solo entrarán en la ciudad de Dios aquellos cuyos nombres “están escritos en el libro de la vida del Cordero”. Apocalipsis 21:27 (*El conflicto de los siglos*, pp. 472, 473).

Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios como transgresores. El gran seductor procuró arrastrarlos al escepticismo, hacerles perder la confianza en Dios, separarse de su amor y transgredir su ley. Ahora él señala la historia de sus vidas, los defectos de carácter, la falta de semejanza con Cristo, lo que deshonoró a su Redentor, todos los pecados que les indujo a cometer, y a causa de estos los reclama como sus súbditos.

Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y su fe, y, reclamando el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: Los conozco por sus nombres. Los he grabado en las palmas de mis manos. “Los sacrificios de Dios son el espíritu Quebrantado: al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios”. Salmo 51:17. Y al acusador de su pueblo le dice: “Jehová te reprenda, oh Satán; Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es este un tizón arrebatado del incendio?” Zacarías 3:2. Cristo revestirá a sus fieles con su propia justicia, para presentarlos a su Padre como una “Iglesia gloriosa, no teniendo mancha, ni arruga, ni otra cosa semejante”. Efesios 5:27 (VM). Sus nombres están inscritos en el libro de la vida, y de estos escogidos está escrito: “Andarán conmigo en vestiduras blancas; porque son dignos”. Apocalipsis 3:4 (*El conflicto de los siglos*, pp. 475, 476).

Viernes, 6 de junio: Para estudiar y meditar

La historia de la redención, “El milenio”, pp. 435-437.

Maranata: el Señor viene, 1º de noviembre, “La cautividad de Satanás y sus ángeles”, p. 323.